ACHAQUES MATRIMONIALES.

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

D. CIPRIANO MARTINEZ.

Representada por primera vez con notable aplauso en el teatro del Príncipe en el mes de Octubre de 1860.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.



PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA................	DOÑA ADELA ALVAREZ.
DOÑA SECUNDINA....	BALBINA VALVERDE.
CARLOTA.............	MANUELA PARAREDA.
DON ANTONIO........	DON MARIANO FERNANDEZ.
FEDERICO...........	MANUEL PASTRANA.
FRANCISCO	JOSÉ ALISEDO.
LUIS................	RAFAEL CALVO.

ACTO ÚNICO.

Sala alhajada con elegancia: puerta al foro y laterales en los primeros términos; otra en segundo derecha: un velador con servicio de almuerzo á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LUIS y FRANCISCO, entrando por el foro, derecha.

LUIS. No tienes que molestarte,
verás cómo yo de un brinco
le hago que se despavile
mas pronto que te lo digo.

FRANC. Ya debe estar levantado:
me llamó á las nueve y pico
para que su desayuno
estuviese á las diez listo.

LUIS. Entonces, esperaré.

FRANC. (Acercando una silla.)
Siéntese usted, señorito.

LUIS. (Sentándose.)
Y tu señora, ¿qué tal?
¿Se llevan como marido
y mujer ella y tu amo?
¿Son felices? di, Francisco.

FRANC. ¿Qué señora?

LUIS. ¿Quién? Tu ama;
la esposa de Federico.

FRANC. ¡Su esposa! Qué, ¿usted no sabe?...
Estamos desavenidos;
quiero decir, divorciados;
aun mas claro, arrepentidos.

LUIS. Pues cómo, ¿cómo tan pronto?

FRANC. ¿Tan pronto? ¡Si! ¡Ay, don Luisito!
En tres años, poco mas,
mejor dijera tres siglos,
que juntos saboreamos
el matrimonial oficio,
ni mi buen amo ni yo,
señorito, hemos sabido
lo que era tranquilidad
con aquel genio maldito.
Si mi amo, por fortuna,
tomaba café en el Suizo,
regañaba; si iba al Prado,
regañaba; si al Retiro,
regañaba; si iba á un baile,
regañaba; y si un amigo
nos solia visitar
con demasiado cariño,
regañaba; si una flor
á otra mujer—por capricho
ó costumbre—mi buen amo
dirigia, ¡Jesucristo!
se armaba tal marejada
que concluia en pedriscos.
En fin, señor, tanto y tanto
amo y criado sufrimos,
que decretamos unánimes
librarnos de aquel martirio.

ESCENA II.

DICHOS y FEDERICO, por la puerta primera derecha.

FED. (Saliendo.)
Y desde entonces gozamos
de paz y de...

LUIS. (Abrazándole.) ¡Federico!
FED. Aprieta firme, truhan;
aprieta, caro Luisillo.
¿Qué ha sido de tu persona?
Yo te creí perdido
viendo que asi te olvidabas
de tus mas fieles amigos.
LUIS. No, jamás; es tu amistad
para mí, debo decirlo,
tan alto don, que no encuentro
con qué pagarlo.
FED. ¡Habrá pillo!...
¿Parece que viajando,
angelito, has aprendido
á adular?
LUIS. No, no te aludo,
es la verdad.
FED. Bien, me rindo:
no riñamos por tal cosa
ya que hoy nos vemos unidos
y con salud, á Dios gracias,
yo en tus brazos, tú en los mios.
Siéntate y almorzaremos,
y entre manjares y vinos,
oiré de tu misma boca
tu vida, tus amorios,
en estos cuatro años justos
que separados vivimos.
Francisco, sirve la mesa.
FRANC. Voy volando, señorito.
(Entra y sale trayendo platos y luego desaparece.)
FED. Pero antes oirás la historia
por completo, que Francisco,
empezaba á relatarte
cuando llegué á interrumpiros.
Y la oirás con mas verdad,
pues que tan solo á un marido
le es dado retocar bien
el cuadro, digo, martirio,
que sufre el que como yo
se casa, siendo un chiquillo.
Como tú ya habrás sabido,

aunque ausente de la córte,
falto un dia de sentido
me ungieron, chico, en consorte,
fuí por desgracia marido.
Mi mujer, jóven y hermosa,
de los salones encanto,
tan bella cual caprichosa,
me hizo sufrir tanto y tanto,
que tiemblo al nombre de esposa.
Fué nuestra luna de miel
la luna mas halagüeña
que enamorado doncel
creyéndose novio sueña
de la iglesia en el dintel.
Al principio... en un eden
con ella feliz vivia;
ni el mas pequeño vaiven,
te soy franco, preveia;
pero poco dura el bien.
Es, Luisillo, la mujer
de tal manera exigente
cuando llega á comprender
que le eres fiel, consecuente,
en fin, como debes ser,
que por la cosa mas leve
te arma al punto una querella;
¿no haces caso? eres de nieve.
¿Lo haces? ¡Aqui entra ella!
¡Ya eres falso, infiel, aleve!...
Estos epítetos, Luis,
y otros que ahora no te cuento,
empedernido Amadís,
me hicieron mas de un momento
tener el alma en un tris.
Por fortuna la razon
recobré con entereza,
y con debido teson
pudo enmendar la cabeza
errores del corazon.
En guerra ya, con placer
nos divorciamos sin ruido,
jurándonos de allí ser

ella, viuda con marido,
y yo... viudo con mujer.

LUIS. ¿Tan pronto?

FED. ¿Pronto? Si, si...
pasando las agonias
que con ella pasé allí,
quisiera verte unos dias,
á ver si despues así
como hoy tan pronto decias.
Roto ya nuestro himeneo,
ella se fué á Barcelona,
y aun en la misma hora creo
que yo marchaba á Bayona
con Francisco en el correo.
De allí fuimos á Paris,
y como en Francia extranjero,
lleno de maravedis,
ya casado ya soltero
gocé lo indecible, Luis.
Lo que mi mujer no quiso
derroché en solo dos años,
y previendo un compromiso
y hastiado de desengaños
formé aquí mi paraiso.
Como ves, en este nido
vivo á la pata la llana
olvidado del que he sido...
de Paris traje á mi hermana
y aquí con ella resido.—
—Si te llegas á casar,
ten presente en la memoria,
por lo que pueda trotar,
que es muy frecuente enviudar
como el viudo de esta historia.

LUIS. Mi vida menos violenta
que la tuya, Federico,
en los cuatro años pasados
tan escasa en todo ha sido
que á nadie interesaria
á no ser como tú amigo.
Concluida mi carrera,
fué el viajar mi prurito,

y en Francia con mi persona
ansioso di en un principio.
Desde allí pasé á Inglaterra,
á Italia, á Rusia y al chino
hubiese querido ir,
á no ser quo de improviso
por mandato do mi padre
recibí formal aviso
para volverme á Madrid,
y al punto tomé el camino.
En él supe que aqui estabas,
monté en un tren y...

FED. ¡Luisillo!...
¿Cómo ocultas lo importante?
No te pongas barbilindo,
que yo sé...

LUIS. ¿Pues qué, Carlota?...

FED. Todo, todo me lo ha dicho.
Que si tú fuiste á Paris,
fué por ella, y que si listo
á la córte te volviste
desde tan lejanos sitios,
por ella fué; en fin, por ella,
segun lo que yo imagino,
estás dispuesto á arrostrar
alma y vida si es preciso.

LUIS. Es cierto: y ya que enterado
de todo estás por lo visto,
vengo á pedirte su mano,
su mano, que es lo que ansio.

FED. ¿Segun eso, por la posta
quieres ungirte en marido?
Mira despacio lo que haces,
que aunque es muchacha de juicio
mi hermana, al fin es mujer,
y como mujer...

LUIS. Confio
en su talento y virtud.

FED. Pon debajo nada he dicho.
Solo siento quo Carlota
hoy esté ausente del sitio.
Ayer se marchó á Madrid

con su doncella.

LUIS. La he visto,
y alegre consiente.

EED. Bueno,
bueno; asi de amigo,
te daré el nombre de hermano
desde este momento mismo.

ESCENA III.

DICHOS y FRANCISCO, por el foro derecha, con una carta.

FRANC. ¡Señor!...

FED. ¿Qué quieres?

FRANC. Ahora
le han traido á usté esta carta.

FED. ¿Y quién la trajo?

FRANC. El cartero.
(Quitando la mesa.)

FED. Á ver, á ver. Papanatas,
¿no has reparado en el sobre?

FRANC. Si reparé; pero...

FED. ¡Calla!
¿Vá dirigida á mi tio?
¿Y es su letra? ¡Vaya en gracia!
El buen señor, como suele,
distraido y sin mirarla
su nombre puso en el sobre
y me la dirige á casa.

LUIS. Bien puede ser.

FED. Fuera dudas;
con tu licencia. (Á Luis.)

LUIS. Que tardas. (Pequeña pausa.)

FED. (Despues de leer, con voz amenazadora.)
¿Francisco?

FRANC. Señor.

FED. ¿Di, infame
quién traerme te mandaba
este papel? ¿Sabes tú
su contenido?

FRANC. ¡Qué lástima!
¿Pareció nuestra señora?

FED. ¡Cómo nuestra, gran canalla!
FRANC. Digo, la de usted, señor,
y en buen lenguaje, mi ama
¿Pero pareció? (Con ansiedad.)
FED. No tal.
FRANC. Respiremos. (Ap.)
FED. Lee esa carta
y verás por ella, Luis,
la tormenta que me aguarda.
LUIS (Leyendo.) «Gerona 2 de junio, etc.—Queridos sobrinos: cojo la pluma con un verdadero placer, para anunciaros que he determinado pasar el resto de mi vida en vuestra compañia. El dia de mi santo estaré á vuestro lado y os comunicaré una buena noticia. Espero que tú al menos, sobrina mia, salgas á recibirme el dia citado, pues tengo tantas ganas de conocerte, que se me figuran horas los minutos hasta que lo consiga. Adios, sobrinos mios: recibid en tanto el corazon de un tio que os quiere y que en breve se hallará en vuestros brazos.»

ANTONIO PARDO.

¿Y ahora qué vas á hacer?
FED. Ningun medio se me alcanza.
FRANC. ¿Ninguno, señor?
FED. (Pensativo.) Ninguno.
FRANC. Pues yo creo...
FED. Vamos, habla...
FRANC. Que lo que necesitamos,
y sin dormirnos en pajas,
es una mujer que quiera...
FED. Te comprendo, basta, basta;
excelente plan, Francisco;
¡soberbio!... pronto á buscarla:
pero ya caigo, ¡qué torpe!
la tenemos; linda estampa;
no hay en Aranjuez, de fijo,
mas hechicera muchacha.
FRANC. (Gozoso.)
¿Y quién es, señor?
FED. Tu novia.

FRANC. ¿Mi novia?
FED. Sí, la Tomasa.
FRANC. (Repentinamente.)
No me parece á propósito.
LUIS. (Riendo.)
Já, já, já.
FED. Celoso, calla,
¿piensas que contigo iria...
FRANC. De los amigos la capa...
—Lo que aqui nos era útil...
FED. No prosigas; ¿y mi hermana?
FRANC. Tiene usted razon, señor.
Renunciemos.—¿Si Bernarda
la cocinera quisiera?...
Pero ya no me acordaba
que tiene un ojo de vidrio
y un costuron en la cara...
Usted le escribió á su tio
que era un conjunto de gracias
su mujer; si cuando llegue
le presenta usted tal facha,
dirá el tio—y con razon—
que han salido defraudadas
sus ilusiones y luego...
FED. Por mas que discurro...
LUIS. Vaya,
¿y cómo piensas salir
de este apuro?
FED. Si cegara...
¿Pero yo á mi amado tio
desearle una desgracia?
FRANC. El tiempo es muy perentorio,
con gran prisa hay que inventarla,
si no, llega el enemigo...
FED. Dices bien, Francisco, anda;
desde hoy hasta San Antonio
te doy de término.
FRANC. ¡Gracias!
Usted no sabe que hoy
Es San Antonio.
FED. ¡Canalla!
¿Y me lo dices tan fresco?

¿Y te estás con tanta calma?
Si dentro de diez minutos
no la presentas en casa,
pobre de tí. ¡Hoy San Antonio!
Estoy fresco.—Á ver la carta?
Justo, del dos es, Gerona.
¡Es una carta atrasada!
¡Huy, cómo estan los correos!
¡Qué gobierno, Vírgen santa!
Y mi tio es tan exacto
que á la hora señalada
le veré llegar; ni el coche
se habrá roto, ni la máquina
se habrá incendiado.—¿Qué digo?
¡Oh! inspiracion la mas sabia.
¿No adivinas? (Á Francisco indicando á Luis.)

FRANC. No, señor.

LUIS. ¿Pero qué?...

FED. Amigo del alma,
tú vas á ser mi mujer.

LUIS. ¿Yo? Federico, repara...

FRANC. ¡Calle, es verdad!

FED. No reparo.

LUIS. Que es una burla pesada,
y que luego don Antonio
si me conoce...

FED. No; anda.
La ropa de Carlotita
te debe venir pintada...
Vamos corriendo, Francisco,
al tocador, y...

LUIS. No hagas
empeorar al enfermo
con el remedio.

FRANC. (Desde el foro.) Que llaman.

FED. ¿Si será?... Pronto, Luisillo.

ANT. ¡Sobrinos! (Desde dentro.)

FRANC. Ya está en campaña
nuestro tio. (Bajando al proscenio.)

FED. Él es; entrad (Empujando á Luis.)
y ya tendré yo buscada
ocasion en que sin riesgo

los dos salgais. Sus pisadas
estoy sintiendo; encerraos.

LUIS. Y el Señor nos dé su gracia.
(Entrando con Francisco en el cuarto primero de la izquierda.)

ESCENA IV.

FEDERICO y D. ANTONIO por el foro derecha.)

ANT. ¡Ven á mis brazos, sobrino!
FED. ¡Caro tio! (Abrazándole.)
ANT. ¡Gran bribon!
FED. ¿Y qué tal, qué tal camino?...
ANT. Ni el mas leve coscorron.
FED. Pues no es viaje tan corto,
y á la edad de usté un porrazo...
ANT. ¿Si creerás que no soporto
por verte á tí, gandulazo,
con gusto cualquier percance?
FED. Nunca dudarlo he podido.
ANT. Ahora dime; ¿por qué trance
tu esposa y tú no habeis ido,
cumpliendo con mi mandato,
sobrino infiel, á esperarme?
FED. De disculparme no trato,
aunque voy á disculparme:
como en junio hace calor,
y usté en estio es cobardo,
no me imaginé, señor,
verle aqui hasta por la tarde.
Y por eso...
ANT. ¡Linda pieza!
¿Con que cobarde?... ¡Insolente!
Y tú con tanta pereza
piensas que eres muy valiente?
Di mas bien que por dormir...
FED. Usted duda...
ANT. ¿Y tu mujer?
FED. Se fué ahora mismo á vestir.
ANT. ¿No lo dije? Á ver, á ver,
guíame á su cuarto á prisa;

¿es este? (Por el de la derecha.)

FED. Sí, ¿pero qué?
vestida aun no estará Luisa.

ANT. Y bien, aunque no lo esté,
¿entre parientes quién mira?...

FED. Ese es, tio Antonio, el error,
mas, desconfianza inspira
en el sexo encantador
un pariente que un cualquiera:
señor, dispénsela usté.

ANT. El que espera, desespera.
(Queriendo irse.)

FED. ¿Y quién en su *toilette*
la interrumpe? (Interponiéndose.)

ANT. ¿Será el diablo? (Con gozo.)
genio alegre, largo pico?

FED. Usted lo verá, pues si hallo
temo luego que usted...

ANT. ¡Chico,
qué feliz debes de ser!

FED. Confieso que soy dichoso.

ANT. Te creo: con tal mujer...
Mas no estés tan vanidoso,
que puede que antes de mucho
me case.

FED. ¿Usted?

ANT. Yo, sobrino.

FED. ¿Pero, es cierto lo que escucho?

ANT. Ciertísimo.

FED. Es peregrino
que á su edad...

ANT. Á mi edad, ¿qué?
¿me juzgas inútil?

FED. No.

ANT. Pues entonces yo no sé...

FED. Como há tiempo que pasó
ya del equinocio, tio...

ANT. Corriente, en eso convengo;
mas sabe, sobrino mio,
que cual tú, tambien yo tengo
con vigor mi alma en mi almario,
y lo que otro en su pellejo

hiciere de extraordinario
tambien lo haria este viejo.

FED. No lo dudo.

ANT. Asi lo creo,
pues es cosa tan segura...

FED. Con que firme, ¿eh? lo deseo.
¿Y quién es?...

ANT. ¿Quién, mi futura?
Es un ser tan inocente,
—de su sexo maravilla,—
tan tierna, tan complaciente,
tan amable y tan sencilla,
que pienso con tal mujer,
—si asi lo permite el hado,—
gozar de tanto placer
en la vida de casado,
cual soltero, ya machucho,
caro sobrino, gocé,
y eso que he gozado mucho

FED. Me consta, tio.

ANT. ¿Si, eh?
Pues bien, ya estás al corriente
de lo que hasta aqui callaba.

FED. ¿Era eso?...

ANT. No impaciente
creas porque lo ocultaba,
que ni á tu hermana ni á tí
desatenderé; mi esposa,
y ténlo presente asi,
es humana y cariñosa...

FED. ¿Pero aun se encuentra en proyecto
esa union?

ANT. En cierto modo
si hasta ahora no tuvo efecto
soy yo la causa de todo.
Mi amada tiene una tia
á la que engañé con maña,
fingiendo que la queria,
y hoy me sirve de cucaña
para conquistar la mano
de su sobrina hechicera.

FED. ¡Magnífico, soberano!

¿Y usted quiere?...
ANT. Á la primera.
FED. ¿Á la tia?
ANT. ¡Buen capricho!
Porque lo entiendas mejor:
si yo á la tia la he dicho
algunas frases de amor,
es para que su sobrina,
que aun de mi plan nada sabe,
viéndose ella la heroina,
esté conmigo suave
cuando sepa la verdad.
Por no entrar con otro en lid,
las propuse, en amistad
traérmelas á Madrid.
¿En Madrid ya, quién, pardiez,
solas las deja y sin guia?
Y dije, nada, á Aranjuez
con la sobrina y la tia.
FED. ¿Será posible?
ANT. ¡Pues no!
Vendrán con el equipaje
ahora mismo, y antes yo.
para anunciar su hospedaje,
con pretexto de abrazaros
cuanto antes las dejé.
Excuso recomendaros...
FED. Por nosotros ya vé usté.
¿Pero quién pensar pudiera,
tio Antonio, lance tal?
ANT. ¿Que quién, sobrino? ¡Cualquiera!
Lo urgente, lo principal,
es que tú y tu esposa bella,
como gran favor lo exijo,
esteis amables con ella.
FED. ¿Con la tia?
ANT. ¿Quién tal dijo?
¿Ó eres muy torpe de oido,
ó mi lengua no se explica?
Calla, calla, siento ruido. (Al foro.)
¡Ellas son, verás que chicas!

ESCENA V.

DICHOS y DOÑA SECUNDINA, con LUISA, por el foro derecha: la primera con un perrito faldero en el brazo y vestida con alguna exageracion, aunque de moda.

SEC. ¡Ay, qué calor, don Antonio,
si son un horno esas calles!
Mire usté, mire usté á Oscar:
pobrecito, hasta la tarde
me voy á meter con él
en un baño. (Haciéndole caricias.
ANT. ¡Si os ahogaseis!—
Bien, eso despues, despues.
(Á los mozos desde el foro.)
Dejad ahí el equipaje.
Sobrino, tengo el honor...
(Presentándole á Doña Secundina y Luisa.)
FED. ¡Ella! (Reconociéndola.
LUISA. ¡Él! (Id.)
ANT. De presentarte...
LUISA. ¡Mi marido! (Saludando.)
FED. ¡Mi mujer! (Id.)
SEC. Caballero... ¡Qué elegante! (Id.)
ANT. Y se acabó, los cumplidos
precisos, indispensables;
fuera monadas, franqueza...
SEC. (Ap. á D. Antonio, dándole con el abanico en la cara.)
¿Sabe usted que se dá un aire
á su sobrino? ¡Bribon!
¿Me explico, eh? ¡Botarate!
ANT. Es el aire de familia. (Ap.)
SEC. ¡Vanidoso!
ANT. ¡Dále, dále!
¿Y qué tal, qué tal, sobrino,
puede en el mundo encontrarse
mujer igual?
FED. ¿Á... la vieja?
ANT. Qué vieja ni qué... á aquel ángel,
á la jóven, la de allá. (Por Luisa.)
FED. Si, ya estoy: es adorable.

ANT. ¿De veras?
FED. (¿Quién como yo
se habrá visto en igual trance?
¡Ah, sociedad, sociedad!...
Ojo avizor, aspirantes.)
SEC. Vamos, sé franca, sobrina, (Ap. á Luisa.)
y dime sin inmutarte;
¿no te parece un buen mozo?
¿no ves qué ojos, qué talle?
¿no te agradan?
LUISA. Mucho, tia:
es buen chico.
SEC. ¡Inmejorable!
ANT. Sobrino mio, podrias...
FED. Comprendo, tio; ¿enseñarles
la habitacion?
ANT. Eso mismo.
FED. Tendrán hoy que dispensarme
estas señoras, si acaso
encuentran en su hospedaje
alguna falta.
LUISA. (¡Qué falso!)
ANT. La dispensarán.
SEC. (¡Qué amable!)
FED. Ustedes dos por aqui, (Por la derecha.)
y usted puede allí instalarse.
(Á su tio, por la puerta primera de la derecha.)
Aqui hay dos buenas alcobas
con balcones á la calle.
ANT. Ea, pues, vamos adentro,
que ya es razon que descansen:
yo voy á darme un limpion
para que cuanto mas antes...
Vaya, adentro: hasta despues.
FED. ¡Señoras! (Inclinándose.)
SEC. ¡Caballero! (Saludando con exageracion.)
ANT. Vamos, ande.
(Dándole un empujon.)

ESCENA VI.

FEDERICO y D. ANTONIO, que vuelve despues de acompañarla hasta la puerta.

FED. (¡En buen lance estoy metido!)
ANT. ¡Qué juiciosa, qué callada!
No dice esta boca es mia.
Gran felicidad me aguarda
con ella, Federiquito.
FED. ¿Con la vieja?
ANT. Qué pesada
se vá haciendo tu mania.
¿Quién de ese esqueleto te habla?
FED. ¡Ah, sí, tiene usted razon,
qué torpe, no recordaba!...
ANT. Se me ha olvidado decirte
que esa jóven fué casada.
Es viuda de un calavera...
¡Dios en su gloria le haya!
FED. (Ap.) ¡Amen!
ANT. Que la hizo pasar
una vida atroz, muy mala.
FED. (Distraido.)
¡Lo sé, lo sé!
ANT. (Con sorpresa.) ¿Cómo, tú?...
FED. (Me vendí.)—Lo sospechaba
quise decir.
ANT. ¿Y por qué?
FED. Se le conoce en la cara.
Como cualquiera diria
que yo soy viudo.
ANT. (Sorprendido.) ¿Qué?
FED. ¡Vaya!
Digo, soltero. (¡Uf!)
ANT. ¿Soltero?
FED. Casado; ¿qué, usted pensaba?...
Tengo la lengua algo torpe...
Como he cambiado de aguas...
ANT. Eso será.—Di, ¿y Carlota
te escribe? Cuando la mandas...

FED. Si ya no está con la tia;
se halla aqui.

ANT. ¡Linda embajadá!
¿Y no me lo has dicho?

FED. ¿No?

ANT. ¿Dónde está? Quiero abrazarla.

FED. Ayer se marchó á Madrid,
mas vuelve en esta semana.

ANT. Me alegro, me alegro mucho.
Yo la dejé una muchacha...
¿Si creo que todavia
con las muñecas andaba?
—¿Mas tu mujer cuándo sale?
Si siempre en vestirse tarda
lo que hoy, poco estareis juntos.
Díle que no sea pesada,
que la está aguardando el tio,
porque quiere presentarla
á las señoras que vienen
con él de Gerona; marcha.
Yo salgo inmediatamente,
ni aun me mudo de corbata,
entro por reconocer
mas bien, sobrino, la estancia.

ESCENA VII.

FEDERICO solo.

Respiro por fin. ¡Francisco!
(Á la puerta del gabinete de la izquierda.)
¡Francisco! Dime, ¿qué haceis?
¡Si supierais! ¿Os moveis?
—¡No vá á haber aqui mal cisco!
¡Francisco! Nada se vé.
(Mirando por la cerradura.)
¡Francisco! (Llamando.)

FRANC. (Desde dentro.) ¡Señor!

FED. ¡Está!
(Hablando bajo por la cerradura.)

FRANC. Muy poco faltando vá,
le estoy poniendo el corsé.

FED. Pronto, pronto, que precisa...
FRANC. Como nunca he manejado
de una mujer el tocado,
no sé hacerlo mas de prisa.
FED. Bien, bien; no echar á perder
lo adelantado, jumento,
y cuando esté, en el momento...
—¡Jesucristo! mi mujer.
(Viendo á Luisa que sale.)

ESCENA VIII.

FEDERICO y LUISA.

LUISA. Sin buscarle doy con él.
(Mirándole fijamente.)
FED. Nada, Federico, aplomo.
LUISA. Y aun me mira, no sé cómo
se atreve á tanto el infiel.
FED. Por mas que pienso, señora,
nunca me podré explicar
cómo se atreve usté á hollar
un juramento que...
LUISA. Ahora
pensando en eso me hallaba.
¡Qué talento el de un marido!
¿Cree usted que yo he venido
acaso porque aquí estaba?...
Aun no me quiero tan mal.
FED. Pues entonces no comprendo...
LUISA. Fácil es segun entiendo.
FED. No tan fácil.
LUISA. ¡Oh! si tal.—
Funesta casualidad
hoy este encuentro arregló.
FED. Pues quiera el cielo que no
me cueste una enfermedad.
LUISA. Me ausentaré: si aqui estoy,
caballero, todavia,
—se lo juro—es por mi tia;
mas me marcho hoy mismo, hoy.
FED. Tarde acude usté al remedio:

con no haber aqui venido...

LUISA. ¡Ay! á haberlo yo sabido
por quien soy que este intermedio
de nuestra separacion
no le hubiese efectuado;
pero pierda usted cuidado,
que aun no es tarde, su afliccion
vá muy pronto á concluir.
¿Le incomoda mi presencia?...
Ya lo sé; pero paciencia,
corto será su sufrir,
pues mañana al despertar
se dirá usté: ¿estaba ayer
hablando con mi mujer,
ó lo acabo de soñar?
Pero sueño extraordinario:
la ví llegar con mi tio,
y jamás el labio mio
le dijo que millonario
tuviese un tio en Gerona,
ni que amable el mejor dia
llegase en su compañia
mi mujer de Barcelona.
¿No tiene visos de sueño
este lance, aunque pesado?
—Ya sé ya sé, que he turbado
un porvenir halagüeño;
mas no lo juzgue perdido:
si viudo le vá muy bien,
su viuda en un bello eden
se encuentra sin su marido.

FED. No comprendo ahora á qué viene...

LUISA. Escaso de entendimiento,
y afligido y macilento,
al que tanto mundo tiene,
estoy viendo.

FED. Por quien soy,
basta de burlas, señora.

LUISA. Tiene usted razon: ahora
hablemos de veras. Voy,
para ponerme en camino,
á referir cierta historia

á un tio: es una memoria
de la vida de un sobrino.

FED. ¿Á mi tio? (Sobresaltado.

LUISA. Voy volando.

FED. Señora, mire usté... (Deteniéndola.)

LUISA. ¿Qué?

FED. Que en mi casa no olvidé
que soy el marido y mando.

LUISA. ¡Oh, el marido! Si, si... (Con burla.)

FED. Y con la ley que me asiste
veremos si usted insiste...

LUISA. Usted no manda ya en mí.

FED. Yo soy, señora, su esposo,
y mis sagrados derechos...

LUISA. Los voy á dejar deshechos.
Quiero verle mas dichoso.

FED. (¿Cómo lograré alejar
esta tormenta cercana?)
Luisita, sea usted humana,
no me quiera asi privar
de todo mi patrimonio:
le pido que se modere
en su venganza y que espere;
nada sabe mi tio Antonio,
y si asi tan de improviso
se lo entera... puede ser...
Nada, calma es menester;
y puesto que el cielo quiso
reunirnos este dia,
olvidando un juramento
pudieramos...

LUISA. Há un momento
otro pensamiento habia
en su cerebro...

FED. Si, fué...

LUISA. Y ahora quiere...

FED. Es indicar
que se podria anular
aquel juramento... que...
Por mi parte á ello me avengo.
(¿Qué dirá? Estoy en un potro.)
Anulándole uno y otro...

LUISA. ¿Anularle? Lo sostengo.
FED. ¿Quién piensa ya en lo pasado?
¿quién en esa cuestion entra?
¡Si viera usted cuál me encuentra!...
¡No soy el que era; he cambiado!
LUISA. ¿De veras, eh? (Maliciosamente.)
FED. Si, muy cierto.
LUISA. ¿Muy cierto?
FED. ¡Si usted supiera!...
Si antes era un calavera,
hoy á moverme no acierto.
LUISA. ¡Qué trasformacion!
FED. Formal.
Y si fuese tan dichoso
que el dulce nombre de esposo
me diera usted, radical
fuera mi trasformacion.
LUISA. Por su tono bien se vé
que contrito y con gran fé
pidiendo está absolucion.
No es el rencor quien me guia
á caminar con cuidado,
no, porque el gato escaldado
huye hasta del agua fria.
FED. Si ese Dios omnipotente,
de este mundo creador,
al contrito pecador
perdona, usted inclemente
¿no absolverá al que á sus pies
su perdon ansioso espera?
LUISA. Como usted no reincidiera...
FED. ¡Concluye, Luisa!... (Mia es.)
LUISA. Y me jurase...
FRANC. ¡Señor!
(Dando voces desde el gabinete.)
FED. ¡Qué escucho! No recordaba...
Vamos, Luisa, dime, acaba.
FRANC. ¡Señorito! (Dentro.)
FED. Qué hablador.
LUISA. ¿Qué es eso?
FED. ¿Qué? No he notado...
LUISA. Le llaman á usted.

FED. Yo sudo;
Francisco vá á ser mi ruina.
Vamos, dime sin demora...
FRANC. ¡Señor, dice la señora, (Dentro.)
si sale con papalina
ó con gorro de moaré!
LUISA. ¿La señora? (Con viveza.)
FED. (Me perdió.)
LUISA. Hay otra mujer, y yo
que iba creyendo...
FED. Óyeme.
LUISA. Es usté un falso, un traidor,
un aleve, un fementido;
¡con otra, con otra unido
y en mi presencia .. ¡qué horror!
Ahora su tio sabrá
lo que usté en su casa encierra;
¿quiere usted, quiere usted guerra?
pues guerra no mas habrá.
Y no piense que yo cejo:
de todo le he de enterar.
¿Quiso usté escándalo dar?
pues bien, será su reflejo.
Y despues me marcharé,
pero antes, de muy buen grado
le veré desheredado.
FED. ¡Luisa, Luisa! (Deteniéndola.)
LUISA. Quite usté.
(Desviándole y entrando por la derecha.)

ESCENA IX.

FEDERICO, y á poco CARLOTA, por el foro derecha, con mantilla, la que se quita al entrar.

FED. ¡Todo se vá á descubrir!
Á ese bruto de Francisco
quién le mandaba... ¡Bribon!
CARL. ¡Federico, Federico!
Ya estoy de vuelta.
FED. ¡Ay, hermana,
si supieras!...

CARL. ¿Que ha venido?...
FED. Si, pero...
CARL. ¿Qué? vamos, habla.

ESCENA X.

DICHOS, y D. ANTONIO, por la puerta primera derecha.

ANT. ¡Ella es, sobrina! (Abrazándola.)
CARL. Tio mio! (Id.)
FED. Tiró el diablo de la manta...
ANT. ¡Gracias á Dios que te miro:
tenia tantos deseos!...
CARL. ¿Pues y yo?
ANT. ¡Qué cuerpecito!
FED. (Sigue, sigue, asi vá bien.) (Á Carlota ap.)
CARL. ¡Cómo! ¿Qué dices?
ANT. Sobrino,
qué feliz debes de ser,
¿no es verdad?
FRANC. Fúgite.
(Apareciendo en la puerta del gabinete con D. Luis, vestido de mujer, ocultándose en seguida.)
LUISA. ¡El tio!
ANT. ¿No es cierto? di, vanidoso,
os llevareis, lo colijo,
muy bien.
CARL. ¡Oh! si, señor, (Con sencillez.)
como hermanos.
ANT. ¡Huy qué pico!
Bueno, bueno, eso me gusta;
que aprenda de mis sobrinos
esa sociedad viciada,
corrompida...—¿Y cuándo, digo...
me dais un... vamos, ya entiendes,
un... retoño?
FED. ¡Jesucristo!
(Sobresaltado haciendo señas á Carlota.)
CARL. Tio, no le entiendo á usted.
ANT. Pues yo bien claro me explico.
¿Que cuándo me dais un...
CARL. ¿Qué?

ANT. ¡Dále bola! un sobrinito.
FED. Dí á todo que si, ó me pierdes.
(Ap. á Carlota.)
CARL. No comprendo... (Id. á Federico.)
FED. (Á D. Antonio.) No ha entendido.
ANT. Pues estaria gracioso
que no fuese vuestro pio,
queriéndoos como os quereis,
que el cielo os mandase un hijo.
CARL. Lo anhelamos, si señor,
y con ansia.—No adivino.—
FED. Calla, ya te enteraré, (Ap.)
que no sospecho. Ahora el tio,
Luisita, vá á presentarte
dos señoras que ha traido
desde Gerona á Madrid,
y desde Madrid al sitio.
CARL. Bien, señor, con mucho gusto.
ANT. Esperá, voy en un brinco
á buscarlas.
FED. Qué, yo iré.
ANT. Haz compañia á tu ídolo.
(Deteniendo á Federico y marchándose por la puerta segunda derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos D. ANTONIO.

CARL. ¿Me quieres ahora explicar
qué es lo que aqui pasa, hermano?
FED. Yo no lo sé, Carlotita,
pero es tan extraordinario,
que si no llegas tan pronto,
sin remedio, á no dudarlo,
me encuentras... qué sé yo cómo,
y por contera arruinado.
¡Dios mio! voy, voy á ver,
no se enrede mas el ajo.
CARL. Pero escucha.
FED. Espérame.
(Saliendo por la puerta segunda derecha.)

ESCENA XII.

CARLOTA, y á poco LUIS por la puerta izquierda.

CARL. ¡Qué cabeza, cielo santo!
¿Verle arruinado? primero...
Mas, ¿á qué este sobresalto?
¿Será porque engaña al tio?

LUIS. Carlota, lo has acertado. (Saliendo.)

CARL. Calla, Luis, pues ¿cómo, quién?

LUIS. Me ha encerrado en ese cuarto.
Es muy largo para dicho
ahora, ya mas despacio
te explicaré... Lo importante
es que sigas ayudando
como hasta aqui, á Federico,
á ver si asi le salvamos.

CARL. ¿Tambien tú? ¿pero qué hay?

LUIS. Siento ruido. No haga el diablo...
pues si aqui me ven contigo...
Carlotita, ahí esperando
(Por el gabinete de la derecha.)
estoy: cuando conviniere
hacedme una seña y salgo.

CARL. Escúchame, Luis.

LUIS. No escucho. (Saliendo.)

CARL. Pero óyeme... Se ha encerrado.

ESCENA XIII.

CARLOTA, LUISA, DOÑA SECUNDINA, D. ANTONIO y FEDERICO, los cuatro últimos hablando acaloradamente. Luisa y Doña Secundina salen con los mismos efectos que entraron en la escena, como dispuestas á ponerse en camino. Carlota se retirá á la izquierda delante de la puerta del gabinete. Federico á su lado. D. Antonio cerca de Luisa en medio de la escena.

SEC. ¿Quién sin descansar camina?
¡Tú quieres matarme, vamos!

LUISA. Nada, nada, nos marchamos.

SEC. Mas ¿por qué, por qué, sobrina?

ANT. ¿Acabamos de llegar
y ya se quiere usted ir?
Yo no sé á qué atribuir...
¿Le acosa aqui algun pesar? (Salen.)

LUISA. No, señor, no; ya lo he dicho:
ni un momento en esta casa
quiero estar.

CARL. ¿Pero qué pasa? (Acercándose.)

SEC. Algun ligero capricho. (Á D. Antonio.)

ANT. Ven, sobrina, ven aqui,
(Cogiendo á Carlota de la mano y presentándola.)
intercede en mi favor.

CARL. ¡Señoras! (Saludando.)

LUISA. Ahora el traidor,
¡cómo se reirá de mí!

CARL. ¿Por qué causa?

ANT. Es un arcano,
y por mas que á ello me opongo
se nos marchan.

CARL. Yo interpongo
mi influencia, y como es llano,
desde luego asi lo espero,
podrá mas un ruego mio
con esta señora, tio,
que su tenaz clamoreo.

LUISA. Fuera para mí un placer
muy grato, señora mia, (Marcado.)
vivir en su compañia;
pero eso no puede ser.

ANT. ¡No sé por qué! Pierdo el tino.
¿Por qué, Luisita, por qué?

LUISA. No me lo pregunte usté;
quien lo sabe es su sobrino.

ANT. ¿Mi sobrino? (Asombrado.)

FED. ¿Yo?

CARL. ¿Tú?

LUISA. Él. (Afirmativamente.)

FED. Señora, no sé en qué pude...
Á no ser que usted se escude
en mí para...—Es muy cruel
verme sin culpa ligado.
—Por mas que busco el motivo,

le soy franco, no concibo
en lo que yo la he faltado.
Espero que usted explique
por qué quejosa de mí
se quiere alejar de aquí.
Si torpe rompí algun dique
de la sagrada barrera
que nuestros sexos separa,
dígamelo usted, y clara
sepa la verdad entera.

LUISA. ¿La verdad?... Debí decirla,
pero mudé de intencion.—
Baste ya de explicacion.

SEC. ¿Y quién logra disuadirla?

ANT. Pues no faltaba otra cosa.
Ven aquí sobrina, ven,
(Á Carlota.)
y tú sobrino, tambien,
á ver si esposo y esposa...

LUISA. Que esto tenga que escuchar...

ANT. Alcanzais de la ofendida
que demore su partida,
y pelillos á la mar.

LUISA. (Con resolucion.)
Don Antonio, ¿usted está
seguro—verle me irrita—
de que es esta señorita
su sobrina?

ANT. (Alterado.) ¿Cómo?

FED. ¡Bah!
—Cachaza, ó estoy perdido.—
¿Pensó usté acaso á mi ver?...
Le ha engañado, es mi mujer.

LUISA. Su mujer nunca lo ha sido.

ANT. ¿Qué dice usted? ¡No me tengo!
¿Qué dice?

FED. Estalló la mina.

ANT. ¿Con que esta no es mi sobrina?

LUISA. No, señor, y lo sostengo.

ANT. No lo quiero ni aun oir.
Es imposible...

LUISA. Al revés.

ANT. Y entonces, vamos, ¿quién es?
CARL. Se lo voy ahora á decir.
LUISA. No es menester que lo diga;
presumo ya quién ser puede.
FED. ¿Quieres que me desherede?
CARL. ¿Y es justo que oyendo siga?...
FED. No hagas caso, es lo mejor;
mantente firme que firme.
LUISA. Antes, señora, de irme
la quiero hacer un favor.
Su pretendido marido,
que aun de engañar no está harto,
tiene ahí, en ese cuarto,
(Por el de la izquierda.)
otro pájaro escondido.
SEC. ¿Otra?
ANT. ¿Otra? qué, ¿usted cree?...
LUISA. Por el criado, muy fina,
si con blanca papalina
ó con gorro de moaré,
hace poco preguntó
era su gusto saliese;
el cuarto adonde está, es ese:
y no es usted, ¡oh! no, no:
de esas prendas á mi ver
puestas no trae ninguna,
con que otra hay dentro.
CARL. (Riendo.) ¿Otra?
ANT. Una...
LUISA. Una que no es su mujer,
ANT. ¡Qué relajacion, Dios mio!
¡Buena está la sociedad!
¡Oh, colmo de liviandad!
Quite usted, no soy su tio.
FED. (Interponiéndose.)
¿Adónde vá usted?
ANT. ¿Que adónde?
No me disgusta la idea.
Á sacar la Dulcinea
que en ese cuarto se esconde.
FED. ¡Tio, tio!
ANT. Poco pico,

que estoy hecho una centella;
pobre de tí y pobre de ella
si la encuentro, Federico!

SEC. ¿Federico?
LUISA. Chito.
SEC. Entiendo.
FED. Entre usted, no soy culpado.
ANT. Tiembla de un tio indignado,
que está tu juguete siendo.
(Dirigiéndose á la puerta, la cual se abre y aparece Luis.)

ESCENA VIV.

DICHOS y LUIS.

LUIS. Si es que verme solicita,
aunque le cause molestia,
deténgase don Antonio.
SEC. ¡Un hombre!
ANT. ¿Un hombre con ella?
¡Qué escándalo! ¡Cuánta infamia!
¡Buena juventud es esta!
¿Con que usté estaba encerrado
ahí con... ¡vamos, qué insolencia!
LUIS. Con nadie.
ANT. ¿Cómo con nadie?
LUIS. Para calmar sus sospechas,
para alejarle de todo
lo malo que aqui entrevea,
creo oportuno decirle
quién soy, con toda franqueza.
Me llamo Luis de Pedroso;
desde nuestra edad mas tierna
Federico y yo, en un todo
congeniamos de manera,
que si él sufre, sufro yo,
y á la vez que peno, él pena.
De nuestra amistad nació,
bendigo mi buena estrella,
el amor que á su sobrina
tuve desde muy pequeña,

ANT. ¿Á qué sobrina?

LUIS. Carlota;
por la que hoy aqui me encuentra
encerrado en esa estancia
esperando á que viniera:
vino por fin, y...

ANT. ¿Que vino?
¿Quién deslia esta madeja?
¿Pues no me dijiste tú
y eso hará, creo, hora y media,
que fué tu hermana á Madrid
y allí está con su doncella?

LUIS. ¡Cómo!

FED. Si, pero...

SEC. Qué enredo.

FED. Me has perdido. (Ap. á Luis.)

LUIS. ¿Yo? (Ap. á Federico.)

ANT. ¿Á qué esperas?
¿Enmudeces? Haces bien.
Comprendo la estratagema.
Ven á mis brazos, sobrina. (Por Carlota.)

CARL. ¡Tio amado!

SEC. ¡Quién creyera!...

LUISA. ¿Su sobrina? ¿Está usted cierto?

ANT. Me lo afirma la conciencia.
Hasta hoy nunca creí
que era usted tan calavera.
¿Burlarse asi de su tio
haciendo á una niña tierna
cómplice de sus amaños?
¡Buena educacion es esa!
Por lo que voy comprendiendo,
se encuetra usted, buena pieza,
de su mujer separado...
Ahora conozco cuál era (Á Luisa.)
el motivo que la instaba
á dejar esta vivienda.
Hacia, hacia usted bien,
ya no intento detenerla;
antes me voy con usted,
y asi venido no hubiera
para servir de juguete

á un sobrino sin enmienda.
FED. Tio Antonio: cuando el hombre
de sus deberes se aleja,
al ver perdonar sus culpas,
arrepentido y sin pena
vuelve á tomar el camino
que amiga mano le enseña.
Yo cual nadie arrepentido...
ANT. Tan solo de una manera
perdonaria tus yerros.
FED. Diga usted.
ANT. Vas á saberla.
Para alcanzar mi perdon,
y en despique de la ofensa
hecha hoy á mi persona,
para que otra vez te tenga
por mi sobrino, es preciso,
necesario, sin falencia,
que sin salir de esta casa,
—lo que pido considera,—
me presentes á tu esposa.
De no, todita mi hacienda
la delegaré en tu hermana.
¿Qué dices?
FED. No dudo.—Sea. (Con resolucion.)
Aqui la tiene usted, tio.
Salga el sol por Antequera.
(Presentando á Luisa.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y FRANCISCO por la puerta izquierda.

LUISA. ¿Yo?
ANT. ¡Faltaba este desacato!
CARL. ¿Será cierto?
LUIS. ¡Otra querella!
ANT. ¿Con que ella, sobrino?
FED. Ella.
FRANC. Los ví echar el garabato. (Saliendo.)
CARL. ¡Hermana mia! (Abrazándola.)
LUISA. ¡Carlota!

ANT. ¡Bravo! ¡Lindo! Y el muy pillo
se burló cual de un chiquillo
de mí. Sudo cada gota!
(Á Doña Secundina, que se acerca.)
Déjeme usted estallar.
¡Su mujer! ¡pues me he lucido!
Es decir que le he traido
lo que yo... ¡Voy á enfermar!

LUISA. Don Antonio, harto imprudente,
con usted callada he sido:
viuda... fuí, mas mi marido
vive aun, y está presente...

ANT. Si, si, fué linda ocurrencia ..
Y ya, por mas que me irrite,
y me desespere y grite...
No hay mas que tener paciencia.

SEC. Eso, eso, conformarse.

ANT. Una vez esto acabado, (Á Carlota.)
¿don Luis y tú?... pues, clavado,
¿querreis?...

SEC. ¿Quién duda? casarse.

ANT. Otorga quien dá en callar.
Es decir que dos sobrinos
por bien distintos caminos
aqui he venido á encontrar.

LUIS. Gracias, don Antonio. (Dándole la mano.)

ANT. ¡Oh, si!
me encuentro muy indulgente.

FED. ¡Qué tio tan complaciente!

ANT. ¿Y quién me complace á mi?
(Ap. á Federico.)
Porque esto, ya ves, me aleja
de mi proyecto, del nudo.

FED. No, señor.

ANT. ¿No? ¿á quién acudo?

FED. Acuda usted... (Por Doña Secundina.)

ANT. ¿Á la vieja?
Primero al moro me voy;
que esa momia giratoria
ya pertenece á la historia,
y yo tan viejo aun no soy.

FED. Juntos ya, Luisa, nos vemos:

tú serás desde e ste dia
mi solo norte, mi guia.

Sec. ¿Y los dos?

(Con suma coqueteria, aproximándose á D. Antonio, que la mira y dice de repente.)

Ant. Lo pensaremos.
Pues fuera el mal de los males
que ya achacosos nosotros,
diesemos má rgen á otros
Achaques matrimoniales.

FIN DE LA COMEDIA.

Puede concederse licencia para la representacion de esta comedia.
Madrid 24 de octubre de 1857.

El Censor,

Pablo Yañez.

